

Escríbele, madre mía,
que ruegue por ella á Dios
que es hoy el séptimo día,
y á mí, por ver que las dos
nos hacemos compañía.
También me escribe le acuerde
esto mismo, madre Juana.
Duélate de la edad verde
de su devota doña Ana
que aprisa la vida pierde.

SANTA. Siempre doña Ana Manrique
con obras y devoción
me ha obligado á que publique
su valor y mi afición
le muestre y le signifique;
y así yo tendré el cuidado
que á su mucho amor le debo,
y Dios será importunado
de mí, pues siempre me atrevo
á su llaga de el costado
en cuya fuente divina
la experiencia y la esperanza
salud y vida imagina,
que aun al dueño de su lanza
le sirvió de medicina.
En su costado pondré
el dolor que en él padece
doña Ana, y Jesús le dé
la salud que ella merece,
si no por mí, por su fe;
que fué mi perseguidor
don Jorge, y por su persona
la debo tener amor,
pues me labró la corona
de tanto precio y valor.

MARÍA. ¡Ay madre de el alma mía!
que renueva la memoria
que de él tengo cada día.
¿Si está don Jorge en la gloria,
cómo de Dios se confía?
Si por ventura padece
en purgatorio por mí,
¿qué más la causa merece
que en este mundo le di?
Dios es quien le favorece.
Vaya y tráigame recado
de escribir; responderé
á la carta que me ha dado.
Favor debido á la fe
que doña Ana la ha mostrado. (Vase.)

ESCENA V

LA SANTA sola.

Sabe Dios cuánto deseo,
como la madre María,
saber el dichoso empleo
de don Jorge desde el día
que murió, que aunque sé y creo
que Dios á mi instancia y ruego
le perdonó, y es notorio
que ha de gozar su sosiego,
no sé si en el purgatorio
aún da materia á su fuego.
(Aparece un toro, al parecer de bronce,
echando llamas.)

Escríbele, madre mía,
que ruegue por ella á Dios
que es hoy el séptimo día,
y á mí, por ver que las dos
nos hacemos compañía.
También me escribe le acuerde
esto mismo, madre Juana.
Duélate de la edad verde
de su devota doña Ana
que aprisa la vida pierde.

SANTA. Siempre doña Ana Manrique
con obras y devoción
me ha obligado á que publique
su valor y mi afición
le muestre y le signifique;
y así yo tendré el cuidado
que á su mucho amor le debo,
y Dios será importunado
de mí, pues siempre me atrevo
á su llaga de el costado
en cuya fuente divina
la experiencia y la esperanza
salud y vida imagina,
que aun al dueño de su lanza
le sirvió de medicina.

Regalado Esposo mío:
soy, como mujer, curiosa
de saber; ruego y porfío
qué fué el alma venturosa
de don Jorge; en Vos confío.
(Sacan el toro echando fuego.)

Pero ¿qué monstruo de fuego
de otro Fálaris tirano,
cielos, turbamí sosiego?
Laurel, Angel soberano,
que os dejéis ver, pido y ruego.

ESCENA VI

Sale el ANGEL por arriba, después DON JORGE.—DICHA.

ANGEL. ¿Cuándo fué el enamorado
de la dama que pretende,
si llamado importunado,
pues que viene y condeciende
luego á su amor y cuidado?
Aunque yo no he merecido,
Juana mía, el ser tu amante,
Dios es por quien he venido,
y en tu amoroso semblante
su paje de guarda he sido.
Con la quietud y reposo,
Angel mío, que estáis vos,
sereno el rostro y hermoso,
bien dice que veis á Dios
y que le gozáis glorioso.

(Abrese por un costado el toro y esté
dentro Don Jorge.)

¡Ay mi Laurel!

Muestra aliento;
mira á don Jorge en sus penas.
Vuelve, Juana, el pensamiento,
que en penas de penas llenas
excede al rico avariento;
mas, por lo mucho que alcanza
tu oración, de los favores
de Dios espero bonanza,
que entre las llamas mayores
es céfiro la esperanza.
En el purgatorio estoy
por tu favor y merced;
pues de mí te acuerdas hoy
y es tan terrible mi sed,
piadosas voces te doy...
Madre Juana: la ocasión
tienes de pagar agravios
con piadoso galardón;
recrea mis secos labios
con agua de tu oración. (Encábrase.)

SANTA. Alma pacífica, en medio
de tantas penas espera,
que yo por darte remedio
estas penas padeciera.

(Si hallar pudiera algún mediol
(Baja el Angel.)

Basta el deseo que tienes
para que á don Jorge valga
la ayuda que le previenes;
por ti querrá Dios que salga
á gozar, Juana, sus bienes.

¡Qué bien conoces quién es
el dueño de aquesa gloria!

ACTO SEGUNDO

Eres nube de sus pies;
por mí no encubrió la estoria
de sus ángeles Moisés;
mas antes que Tu Hermosura
me dejé triste y se parta,
la salud que aquí procura
doña Ana en aquesta carta,
Laurel divino, asegura.
¿Quisieras tú que yo fuera
y que á doña Ana Manrique,
salud en su nombre diera,
por que de tu amor publique
honra y fama verdadera?

Por mí no; mas por la gloria
que ha de resultalle á Dios
de aquesta hazaña notoria.

Vamos á verla los dos;
será tuya esa vitoria.
Angel mío: dadme luego
vuestras alas y favor.

ESCENA VII

Sale MARÍA con tinta y papel.—LA SANTA.

MARÍA. Madre Juana, tarde llego,
si hay tardanza en el amor;
escriba á Madrid la ruego;
mas jay de mí que la veo
penetrando el aire puro.
Goce yo dese trofeo;
alguna prenda procure
cual de Elías á Eliseo;
arroje siquiera el velo,
si Elías arrojó el manto.
Hermana: tenga consuelo,
no soy digna, ni levanto
por tanto tiempo mi vuelo;
yo volveré á vella luego,
que voy á ver á doña Ana.

(Desaparece.)

MARÍA. Sin vos no tendré sosiego.
Yo voy á contallo, Juana,
con doce lenguas de fuego. (Vase.)

ESCENA VIII

LILLO y DON LUIS, como de noche.

LILLO. Si va á decir la verdad,
cosa que no suelo hacer,
yo no acabo de entender
tu enredada voluntad.
¿Qué dudas? Pregunta.

Escucha.
Cuando hablé á la madre Juana,
en la cual, con ser humana,
la divinidad es mucha,
me dijo un largo sermón
que te dijese y no digo,
porque pienso que contigo
pudiera más un salmón;
y al fin cifró sus consejos
con que el hombre es vidrio en todo;
quiébranse del mismo modo
los vasos nuevos y viejos.

No es el concepto muy grave
á quien no le entiende bien.
Yo si le entiendo.

Y también
un tabernero lo sabe.
Volvi á Madrid con respuesta
esta tarde, en ocasión
que tratabas de prisión
de César. La duda es ésta:
¿para qué has hecho prender
este ginovés, que ha dado
sospechas de que ha quebrado,
y á quién has venido á ver?
¿Dudas más?

¿No son tres dudas
el por qué, cómo y á quién,
y por ser hombre de bien,
por dudas, no se ahorcó Judas?

¿Prendieron á César?
Si;
que apenas llegó, un soplón
á un alguacil motilón,
no de los graves de aquí (1),
embolsáronle en la red;
que una vara pesca ya
ginoveses.

Porque está
preso te he de hacer merced
de un vestido.

Tal que pueda
parecer tu mayordomo.
Fácil es hacelle.

¿Cómo?
Dé tus marañas de seda.
Respondiendo á tu pregunta,
digo que él tiene una dama
hermosa y de mucha fama.
Esa es mucha gracia junta;
pero pregunto: ¿héisla visto
por la mañana en ayunas?
¿Por qué?

Porque sé de algunas
que, antes de tomar el pisto,
la unción, el ajo, el betún,
el no sé cómo le llame,
tienen una cara infame
y un frontispicio común;
y después de preparado
de el rostro, alguna mujer
tiene mejor parecer
que puede dar un letrado.
Basta decir que es muy bella.
No basta.

Pues ¿por qué no?

(1) Entre este verso y el siguiente hay, aunque ta-
chados, estos otros:

¿Qué es motilón?
Alguacil
de la villa; ¿esto no sabes?
Pues ¿quién son esotros graves?
En criminal y en civil
los alguaciles de corte
son como más estimados
los de corte, si los pones
en danza los más honrados,
maestros y presentados
y esos son los motilones.

LILLO. Quiero contestarme yo,
si tengo de hablar con ella.
LUIS. Pues por gozar desta dama
que pretendo y solicito,
al ginovés se la quito,
por más que le quiere y ama,
porque esta noche tenía
aplazado el primer bien.
LILLO. Luego ¿es doncella también?
LUIS. Doncella, por vida mía.
LILLO. Las doncellas de por vida
se han dado agora en mudar
en doncellas al quitar.
LUIS. Es doncella y bien nacida.
LILLO. Así que nació doncella?
Eso aún se puede creer
de tan honrada mujer
por tu respeto y por ella.
LUIS. Yo vengo, en fin, á gozar
esta cesárea afición.
LILLO. Tú vienes á ser ladrón;
amor te ha de disculpar.
Dijo un buen entendimiento,
por cortesano lenguaje,
que la ocasión tiene un paje
llamado arrepentimiento;
porque es forzosa razón
que se duela y se arrepienta
cualquier persona que sienta
que se pasó la ocasión;
y tú, que en aqueste ensayo
nadie quieras que te ultraje,
por excusar aquel paje
vienes con este lacayo.
LUIS. Calla, que ya en la ventana
hacen señal.
LILLO. Pues espera,
que si ella te conociera
fueras tu esperanza vana.
Déjame: llegaré yo,
y creerá que soy criado
de César.
LUIS. Bien has pensado.

ESCENA IX

A la ventana Doña Inés.—DICHOS.

LILLO. ¿He de llegar?
LUIS. ¿Por qué no?
INÉS. ¡Ciel!
LILLO. De.
INÉS. ¿Sois vos?
LILLO. ¿Eres tú?
INÉS. ¿Es César?
LILLO. Y caballero
con seis letras de dinero
bien venido del Pirú.
LUIS. ¿Qué dices?
LILLO. Aún no me ha oido.
LUIS. Habla como su criado
y no como él.
LILLO. Yo he pecado;
que pude ser conocido.
INÉS. ¿Quién es?
LILLO. Soy un servidor
ó orinal de César, que

INÉS. viene con él, y llegué
por él hablaflo. ¿Señor?
LILLO. No me hables que le está mal
á mi honor; entra, que es hora.
LILLO. Ya llega César, señora,
como un reloj puntual,
como un reloj concertado,
como un reloj cuidadoso,
como un reloj dadioso
y como un reloj armado.
LUIS. ¡Mi bien!
INÉS. Entrad, gloria mía;
gozad, César, la ocasión. (*Vase*).

LILLO. Si es César ó Cicerón
allá lo veréis de día.
Pero ¡por Dios, que he quedado
á la luna de Valencia!
El no entrar fué impertinencia,
lacayo soy serenado.
Bien me pudiera yo ir
acostar, porque mi amo
no puede, si yo le llamo,
socorrerme ni acudir.
No me acuerdo que haya santo
abogado contra el miedo,
el mejor santo es san Credo
y si alguien viene san Canto.

ESCENA X

Sale Don Diego.—LILLO.

DIEGO. Preso está César, y temo
alguna gran travesura
de Luis, que es quien procura
que esté preso.
LILLO. Por extremo
tiembla.
DIEGO. He venido á rondar
esta calle, por si acaso
le hallo.
LILLO. Ya siento un paso;
Judas debe de pasar.
DIEGO. La casa de doña Inés
pienso que es aquélla; si.
LILLO. Un bulto negro está allí,
Mauregato pienso que es.
DIEGO. Voyme, que es descortesía
defendelle yo la puerta.
LILLO. Pues él se va, cosa es cierta
que no es su casa; quería
saber quién es. ¡Hola, hidalgo!
DIEGO. No soy hidalgo.
LILLO. ¿Galán?
DIEGO. No soy galán.
LILLO. ¿Sacristán?
DIEGO. No soy sacristán.
LILLO. ¿Sois algo?
DIEGO. No soy nada; que es mejor
no ser nada en paz que mucho
en guerra.
LILLO. Escuchad.
DIEGO. Escucho.
LILLO. ¿Es Lillo?
DIEGO. Yo soy, señor;
y si no supiera yo
que es mi amo quien me humilla,

ACTO SEGUNDO

DIEGO. triunfara con la espadilla
que muchas bazas ganó.
LILLO. ¿Dónde está Luis?
DIEGO. No sé.
LILLO. Pues, ¿no está aquí?
DIEGO. Si estará.
LILLO. Luego, ¿sabes dónde está?
DIEGO. No sé yo si estará en pie,
sentado, acostado ó como;
porque el amor y Mahoma
permiten que duerma y coma
sin decirnos duerma y como.
LILLO. No sé si entrar; no es justo
darle pesadumbre en eso;
pues su contrario está preso,
huélguese, siga su gusto.
DIEGO. ¡Ay, amor, qué mal cumplís
las leyes de vuestro honor!
LILLO. Mas soy padre, tengo amor,
y no más que á don Luis (1).
DIEGO. Huélguese, que aunque no es justo
habele en esto ayudado,
más quiero verme culpado
que vele á él con disgusto.
LILLO. Quedaos Lillo. (*Vase*.)
DIEGO. ¡Oh, padre tierno!,
amoroso y tan sufrido
que, de amor desvanecido,
llevas tu hijo al infierno.

ESCENA XI

Sale Don Luis.—LILLO.

LILLO. ¡Oh, mal hayal!
DIEGO. ¡Ya lo escupes?
LILLO. ¡Tan malo es el bodegón?
DIEGO. En gozando la ocasión
nunca más la calle ocupes.

ESCENA XII

Sale César.—DICHOS.

CÉSAR. El alcalde, aficionado
de mi dinero y de mí,
me da licencia que salga
por esta noche á dormir
á mi casa.
LILLO. Gente suena.
DIEGO. Si suena será nariz.
LILLO. ¿Si es tu padre?
DIEGO. Sea quien fuere,
vámonos, Lillo, de aquí.

ESCENA XIII

A la ventana Doña Inés.—CÉSAR.

INÉS. Ya perdido el primer sueño
será imposible dormir,
y así quiero ver si César
se fué ya. ¡No es aquél! Sí.
César: mi bien.

(1) Así en el original manuscrito.

CÉSAR. Inés mía:
dichoso he sido en venir
á tal punto, pues mi amor
á la reja recibí.
No sabéis como estoy preso
por un señor alguacil,
que es como necesidad
con cara de hereje al fin.
Prendióme por causa leve,
que apenas llegué á renir,
sino á mostrar de mi espada
el toledano burlí.
INÉS. ¿Cómo no me lo habéis dicho
hasta aquí?
CÉSAR. Porque no os vi
hasta agora.
INÉS. ¿Cómo es eso?
CÉSAR. César mío: ¿qué decís?
Digo, mi bien, que estoy preso,
y por dineros salí
esta noche de la cárcel,
y mi amor vengo á cumplir.
Mandad, señora, á una esclava
de quien fiando os servís,
que, porque espero á la puerta,
venga más de prisa á abrir.
INÉS. ¿Qué decís, César?
CÉSAR. ¿Qué digo?
INÉS. ¿Qué confusión hay aquí
de lenguas? Nunca yo os dije
cosas de amor en latín.
Mandadme abrir; no os burléis.
INÉS. Si vos no os burláis de mí,
no os entiendo.
CÉSAR. ¿Cómo no?
INÉS. Pues ¿agora no salís?
CÉSAR. Sí, señora, de la cárcel.
INÉS. No, sino de mi jardín,
donde, en amorosos lazos,
palabra de esposa os di;
donde, con atrevimiento
más que fuera justo en mí,
Venus matizó las rosas
de mi mal logrado Abril.
CÉSAR. ¿Qué es lo que decís, Inés?
INÉS. Yo no soy, porque no fui
el venturoso ladrón,
abeja dese jazmín,
Otro Paris ha gozado
lo que á mí me atribuís,
que no guarda más sus frutos
el paraíso de Madrid.
INÉS. Ya, cortesano extranjero
y desatino gentil,
te entiendo; ya sé que niegas
las prendas que yo te di.
CÉSAR. No es este lugar de quejas
ni he de dar voces aquí;
mujer soy, si me injuriaste
yo me vengaré de ti. (*Vase*.)
CÉSAR. Escucha, engañada hermosa;
mira si fué don Luis
el ladrón del dulce sueño
que ha tenido tan mal fin.
INÉS. El es sin duda ninguna.
CÉSAR. ¡Plegue á Dios, si fuese así,
que marchite y seque el tiempo

Estoy yo falso de fe,
ó he venido de Turquía?
¿Qué he hecho yo que no sea
lo que un caballero mozo
si no es cartujo deseá?
¿Qué quieres? Mis años gozo
como mi edad los emplea.
¿He sido yo, cual Nerón,
que quiso mudar el ser
por variar el afición?
Querer bien á una mujer
es marca de discreción.
Y á dos y á tres y á tres mil,
y á cuantas el mundo abarca;
sea hermosa, noble, vil,
no es culpa mayor de marca
y no es marca de gentil.
¿Tú predicas?
¿Y te pesa?
¿Qué motilón no aprendió
á echar también su traviesa,
y si en el púlpito no,
predica sobre una mesa?
Como todos en mi casa
de tus daños participan,
y toda por ti se abrasta,
los que pueden se anticipan
á llorar el mal que pasa;
como has jugado y perdido
la hacienda, que es sangre y vida,
cualquiera será atrevido
á culpar de homicida,
pues tu flaquéza ha sentido.
Ya jugué, ya se perdió;
también se pudo quemar
la hacienda.
¿Y no se quemó?
La hacienda es para gastar,
que para guardarla no.
Ninguna moneda es buena
no más que para dar peso
á un arca pesada y llena;
si no ha de servir más de eso
bien puede henchirse de arena.
Eres leido; ese ardido
usó con agüelos míos
ó tuyos mi agüelo el Cid,
mas no consiente judíos
guardosos nuestro Madrid,
que el señor Lercio, el pobre (1),
gasta más de lo que tiene
y el tercio antes que le cobre;
y al guardoso le conviene
prestar de lo que le sobre.
No alabo yo de prudente
á quien detuviese un río
y guardase la corriente;
ese fuera desvario,
pues corre continuamente.
Coger la que es menester
y la demás agua pase,
pues hoy vendrá como ayer.
Quien tiene renta no tase,
guardé ni estreche el poder,

(1) Así en el manuscrito.

que los ríos y los juros
corren siempre, están sus dueños
de la agua y renta seguros,
y no han de ser más pequeños
sus gastos, ni ellos más duros;
pero es necio el que á la fuente
de el río y de la hacienda,
deshace y rompe y no siente
que, cuando después pretenda
agua y río, no hay corriente.
Mis posesiones vendí;
ya no tengo posesión
ni buena esperanza en mí;
retíreme á Torrejón,
mi sepulcro tendré aquí;
éste has querido dejarme
que no le vendes jamás,
y no ha sido por honrarme,
mas porque no viva más
ni falte donde enterrarme.
Déjame ir. ¿Qué galera
es ésta? ¿No basta el remo,
sino atado al banco?

Espera.
¿Cómo he de esperar, si temo?
Déjame esconder siquiera;
son mis costumbres feroces,
mi vida áspera y inculta;
si por fiera me conoces,
la fiera luego se oculta
que siente pasos y voces.
¿No hay Indias? Italia y Flandes,
¿no pagan sueldo al soldado?
Que vuelva, pues, no me mandes,
que en mis males he juzgado
verte y oírte por grandes.
Escucha, que ya el temor (1)
de padre que te castiga
quiere aplacar el rigor,
aunque se murmure y diga
que soy vasallo de amor;
que de mi pasión arguyo
que alma y vida perderé;
pues gusto, aunque es malo el tuyos,
no sólo que digan que
esclavo soy, pero cuyo.
Si con honrosas ventajas
siguieras en una impresa
el ronco son de las cajas,
que el honor que se interesa
ilustra personas bajas,
eso, Luis, ¿por qué no
pudiera ser? Que soldado
honrará á quien te honró;
mas iré desesperado
eso no lo diré yo.
Espera y pretenderé
en Madrid alguna plaza
honrosa que el Rey te dé,
porque con industria y traza
se alcanza lo que hoy se ve.
El Rey me la prometió
cuando le anduve sirviendo,
y para ti diré yo

(1) Tachada toda esta glosa en el original.

que la plaza, Luis, pretendo,
que cuyo soy me mandó.
Cuando, después, victorioso
volvieses y acrecentado
con algún oficio honroso,
no pagues lo que te he dado;
gózalo tú y sé dichoso,
que aunque es de tu padre y tuyos
el bien, ni aun correspondencia
de tu ingrato pecho arguyo,
y así yo le doy licencia
que no diga que soy suyo.
Suéltame el brazo, que entiendo
que es del mar y que me anega.
(Derribale.)

DIEGO. Con nueva razón me ofendo,
y ya mi pasión es ciega
si vengarme no pretendo.

Apartas con tanta ira
de tus brazos mi flaquéza
que he caído; ¿no te admira
que está á tus pies tu cabeza,
y que Dios te escucha y mira?

LUIS. El viejo es fruta madura,
cáese ella misma y se pierde.

DIEGO. Es verdad, y más segura
y más dulce que la verde
y más tan amarga y dura.

La misma comparación
puso alabando á los viejos,
aquel prudente Catón,
que en sus maduros consejos
hay salud, gusto y sazón.

Pues cuando la fruta verde
está en almíbar suave,
amargura y daño pierde,
y así hay mancebo que sabe
más de que algún viejo acuerde.

Más discreto soy que vos.
(Date con el pie y vase.)

Luis. Levantaos y pasaré,
que no cabemos los dos
en el mundo.

DIEGO. Llega el pie
que abrasen rayos de Dios.
Por el pie aletea y escala
este ya violado templo
donde tu pie se señala.
Dios le corte para ejemplo
de quien en culpas te iguala.
Bien haces, traidor; levanta
contra mí, pues yo la he hecho,
esa mal trazada planta,
cuyo edificio deshecho
deje la venganza santa.

ESCENA II

Salen los PASTORES.—DON DIEGO y LILLO.

CRESPO. ¿Voces, clamores, ruido
y salir echando chispas
don Luis? Desgracia ha habido.
BERRUEC. ¡Oh! que le piquen avispas,
que es un bárbaro atrevido.
Pero ¿no ves cómo está

levantándole del suelo
Lillo al viejo?
Entremos ya.
¡Oh, malos truenos del cielo
que quemen al que se val!
¿Qué es esto, señor?
DIEGO. No fué,
no tiene ser el pecado.
BERRUEC. ¿Quién os derribó y por qué,
que él se verá derribado
de Dios si le asienta el pie?
DIEGO. No quiero que se alborote
Torrejón.
CRESPO. Pues ¿de eso dudas?
Es un Judas Iscariote
don Luis, y mató Judas
al padre con un garrote.
LILLO. No hay quien á contar acierte
lo que hoy ha sufrido el cielo,
Ya fragua un rayo más fuerte.
DIEGO. Voy á quien me dé consuelo,
que es Juana en mi adversa suerte.
(Vanse Don Diego y Lillo.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON DIEGO y LILLO.

CRESPO. No viniera un ciego aquí,
y otras veces son prolijos,
y rezaran, Mingo, ansi:
«Padres, los que tenéis hijos,
crialdos bien, porque sí.»
Mas volvámonos, compadre,
porque mi niña quedó
muriéndose, y ya sin madre
quedará, y quedará yo
sin un perro que me ladre.

ESCENA IV

Sale CÉSAR.—DICHOS.

CÉSAR. ¿Por qué, si sabéis, amigos,
le lleva ansi á los hombros
Lillo á su amo?

CRESPO. Hay testigos
que vieron con mil asombros
de venideros castigos
que don Luis le derribó
y dió con el pie al volver
á su padre, y le dejó;
que es vibora y quita el ser
al dueño que se le dió.
No creo yo de don Luis
esa nueva mentirosa.

CÉSAR. Muy en su favor venis.
Don Luis no hiciera cosa
tan buena como decís.
¡Esto es bueno!

CRESPO. En la ocasión,
porque maltratar al padre
de tan mal hijo es razón,
y en dar la muerte á su madre
fué justísimo Nerón;
que quien tal monstruo parió

merecido premio fué
morir por él cual murió,
y es justo poner el pie
en quien tal monstruo crió.
CRESPO. ¡Andaos á plomos!-
vamos, mi niña veremos,
que son al fin cosas mías. (Vanse.)

ESCENA V

CÉSAR solo.

Siguiendo al fin tus extremos,
honor, al campo me envía.
Aqui dicen que ha venido
mi enemigo don Luis;
si os tiene tanto ofendido,
César, á tiempo venís
que todo lo halláis vencido.
A don Luis no conviene
temer, que eso mismo le ata
las manos; vencido viene,
que quien su padre maltrata
cierta la desdicha tiene.
Y si pensaba Caín,
muerto ya su hermano Abel,
con ser menos culpa, en fin,
que la tierra iría tras él
hasta dalle un triste fin,
en don Luis que dice ó piensa
que está mi espada envainada,
mejor vengaré mi ofensa
estando contra él la espada
de Dios alzada y suspensa.

ESCENA VI

Sale la SANTA sola.

Albricias, alma mía,
que ya de vuestro bien se acerca el día,
y el destierro cumplido
que ausente de la patria os ha tenido,
el soberano Esposo
llamándoos á su tálamo amoroso,
con música os convida
á eterna paz, á enamorada vida,
al néctar de su vista deleitoso,
al real palacio, á la tranquila casa
donde no llega el mal ni el bien se pasa.
Con el salmista hebreo
cante, cual cisne, amor, vuestro trofeo;
decí á vuestro querido:
«Alegre estoy, mi Dios, de lo que he oído,
dichosa habitadora
seré de la ciudad donde el bien mora;
ya se pasó el invierno
ya se acerca el Abril y el Mayo tierno
que el cierzo no marchita ni desflora.
Jerusalén: tus calles infinitas
veré empedrar de jaspe y margaritas.»

ESCENA VII

El ANGEL y la SANTA.

ANGEL.

Juana: ¿qué nuevo canto
te iguala al cisne?

SANTA.
¡Ay, mi custodio Santo!
¡Ay mi Laurel divino,
mi guarda compañero y mi padrino!
Del contento que encierro
pedí albricias: alzáronme el destierro.
Mañana, ángel, mañana,
veré con vos la patria soberana
rotos los grillos del pesado hierro
que Adán echó á los hombres, de tal suerte,
que no hay rompello otro que la muerte.

ANGEL.
La Invención sacrosanta,
mañana, de la Cruz celebra y canta
todo el mundo, y en ella
te quiere Dios llevar á su Sión bella.
En semejante día
naciste al mundo para su alegría,
el hábito tomaste
y en este santo día profesaste.
Juana eres de la Cruz, pupila mía,
la Cruz adoras y en su día subes
pasando estrellas y pisando nubes.

SANTA.
Para tan grande fiesta
como me ofrece amor y Dios me empresta,
cuando mi bien señala,
Laurel divino, vuélveme mis galas;
mi guardajoyas fuiste,
la púrpura que el mismo Dios se viste
de la cruz y los clavos
que dieron libertad á sus esclavos,
y la corona que guardar quisiste
me puedes, Ángel, dar, porque con todas
pueda subir á celebrar sus bodas.

ANGEL.
La cruz de Cristo, dama,
está á la cabecera de tu cama;
los clavos y corona
que el reino de tu Esposo y bien pregonó
por único Monarca,
guardadas tengo, Juana mía, en el arca
de tus joyas divinas,
donde tienes cilicio y disciplinas,
y otra prenda de amor que en cuanto abarca
el sol no la hay más rica ni más bella,
en el arca te espera; corre á vella.

SANTA.
¿Qué prenda es, Ángel santo,
la que me da mi Esposo y vale tanto?

ANGEL.
No vale Dios más que ella.

SANTA.
¡Ay prenda soberanal! ¡ay joya bella!
¡y en el arca encerrada
la tiene Dios?

ANGEL.
En ella está guardada.

SANTA.
¿Qué joya es, Ángel bello?
Decíldo, que me muero por sabello.

ANGEL.
Para que tu alegría sea doblada
no lo sabrás por más que lo deseas
hasta que abriendo el arca tu bien veas. (Vase.)

ESCENA VIII

La SANTA sola.

Albricias, madres mías:
tocad á fiesta; haced mil alegrías,
venid cantando todas
veréis la joya de mi amor y bodas.
¡Oh, arca soberana!

¿Por qué no vas á vella, indigna Juana?
Alegraos, cielo, tierra,
por la joya que Dios en mi arca encierra,
por lo que en ella mi ventura gana.
Madres: vengan, verán mi prenda rica,
pues sólo es bien el que se comunica.

ESCENA IX

Salen MARÍA, monja, y OTRA.—LA SANTA.

MARÍA. Madre: ¿qué voces son éstas?
SANTA. Si vieran lo que me ha dado
mi divino enamorado,
hiciéran conmigo fiestas.
¡Oh, qué prendas manifiestas
tengo, madres, del amor
de mi divino Señor!

¡Oh, qué joya tengo entreladas
que aventaja á las estrellas
en belleza y resplandor!

MARÍA. ¿Dónde está? Vámola á ver,
si nuestro amor lo merece,
que, pues tanto ha encarece,
notable debe de ser.

MONJA 2.ª Pues ¿no podremos saber
qué joya es?

SANTA. No lo sé yo,
madres, que quien me la dió
decírmelo no ha querido,
porque el bien no prevenido
en mucho más se estimó.

(Descúbrese una arquilla curiosa sobre
una mesa.)

Pero, pues el arca es ésta
ó, por mejor decir, zona
de los clavos y corona
que son galas de mi fiesta,
hoy he de hacer manifiesta
á todos la dicha mía,
y la joya que me envía
mi Dios les he de mostrar
por que puedan celebrar
justamente mi alegría.

Hinquen las rodillas todas. (Hincanse.)

MONJA 2.ª ¿Qué será?

MARÍA. Nuevos favores

de Dios, cada vez mayores.
Centro feliz que acomodas
las vestas de nuestras bodas;
velo hermoso, aunque pequeño;
depósito de el empeño
que el amor ha puesto en ti;

nave, que del Potosí
trae riquezas de mi dueño,
haz manifiesto el tesoro
que apetece mi deseo;
fe tengo, con ella creo
lo que sin ver en ti adoro;
salga de su mina el oro
que á mi ventura prevengo,
que, pues á gozalé vengo
sin saber lo que es diré:
Tan rica estoy que no sé,
gran Señor, lo que me tengo.

(Abrese el arca y sale entre nubes doradas el Santísimo Sacramento.)

Pero ¡ay cielos! ¿qué ventura
es ésta?

MARÍA. ¡Milagro extrañol!
Santa que fertiliza el año
(Toquen poco.)

de la celestial harta;
maná de eterna dulzura,
blanco que señala Juan,
medalla de amor galán,
pues á mi arca habéis venido,
diré que habéis proveído,
mi Dios, el arca del pan.
Mas, decidme, Esposo amado:
¿á qué á mi arca venís?
¿de qué enemigos huís,
que os acogéis á sagrado?
¿Si porque os he celos dado
os escondéis para prueba
de mi amor? Ya sé que os lleva
á que acechéis almas fieles
por ventanas y cancelas,
mas por arca cosa es nueva;
mas como parto mañana
á la patria de la vida
preveníme la comida,
providencia soberana.

ESCENA X

Aparécese el ANGEL junto al arca detrás de ella.
DICHAS.

ANGEL. Esta forma, amada Juana,
comulgó un hombre en pecado
que está muerto y condenado,
y saliendo de él se vino
á tu poder.

SANTA. ¡Qué divino
favor! ¡Qué tierno bocadol!
Con tan divinos despojos,
¡quién me iguala, Laurel santo?

MONJA 2.ª Llena de amoroso llanto
estoy.

SANTA. Fin de mis enojos,
pan de leche, pan con ojos
vos cumplisteis la esperanza
de mi bienaventuranza;
mañana os comulgaré
y la gloria alcanzaré,
pues llevo en vos la libranza.

(Toquen poco. Encúbrese el Angel y el arca.)

ESCENA XI

Dichos, menos el Ángel.

MONJA 2.^a Llena de confusión santa voy.

MARÍA. ¡Que tanto Dios regale un alma! La luz que sale de su hermoso rostro es tanta que nos deslumbra y espanta.

MONJA 3.^a Con tal reverencia quedo, que no oso hablalla, aunque pueda.

MARÍA. ¿Quién su dicha no pregoná, dándote Dios tal patrona, reino ilustre de Toledo?

(Vanse las Monjas.)

ESCENA XII

Salen los PASTORES.—DICHOS, menos las MONJAS.

CRESPO. Si no me la resocita yo me ahorco, madre Juana...

SANTA. ¡Oh hermanos!

CRESPO. Firmeza (1) hermana, y mos ama, no permita tal desgracia.

SANTA. Pues ¿qué ha sido?

CRESPO. Mis pecados deben ser. Cenó mi Elvirilla ayer unos berros, que han urdido mis penas, que tiene tacha de comellos. Socedió ¡ay Dios! que la dije yo: No comas berros, mochacha. ¡Y pues!

SANTA. Comió un amapelo entre los berros, y luego tomó las de Villadiego y afuñolas para el cielo, que acáños solos tenía; era sola y viudo yo, que Mari Crespa murió dicen que de hipocresía.

BERRUEC. De hidropesía diréis.

CRESPO. Sea lo que huere, en fin; ella heredaba un mastín, seis gallinas y otros seis pollos, un majuelo, un banco, un barbecho y un rastrojo; un buey, aunque tuerto y cojo; un asno sin cola y manco, una cama, un arambel con la historia de Tobías cuando al gigante Golías mató junto a Peñafiel, y otras cosas, que só rico: ¡mirad vos qué hemos de her sin hijos y sin mujer el buey y yo y el borricol Dalde vida, que es afrenta que de comer ensalada muera una mujer honrada sin estar calenturienta. Si la matara el dotor

(1) Confusa y dudosa esta palabra en el original.

entre los más que ha matado que, aunque necio, es licenciado, diérame menos dolor; que, en fin, el puebro y alcalde le pagamos y hace bien, en matarnos, que no es bien que le paguemos de balde; mas un amapelo cruel no es bien; sanad mi dolor, que se correrá el dotor de no habella muerto él.

SANTA. No seáis tan malicioso. CRESPO. No es malicia hablar verdad.

ESCENA XIII

Sale DON DIEGO.—DICHOS.

DIEGO. Madre: estos labios honrad con esos pies; vergonzoso vengo y con razón á vos por no tomar los consejos que, en ser vuestros, son espejos de la claridad de Dios.

SANTA. Señor don Diego: no es aquese vuestro lugar.

DIEGO. No os oso al rostro mirar, y así me postro á los pies. Un hijo que á intercesión vuestra, madre, Dios me ha dado y por haberse criado con la santa educación vuestra en su tierna niñez imaginé que aprendiera virtudes, con que me diera después alegre vejez; con las alas que mi amor le ha dadó, la libertad de su loca y moza edad, el poco freno y temor que rompe y desprecia ya, tan en mi daño ha salido que, si la culpa he tenido, la pena él mismo me da, por dalle yo larga rienda. A tal extremo ha llegado, que habiendo desperdiciado la honra con el hacienda que le di como indiscreto y él no supo disponer, por no tener que perder viene á perderme el respeto; aconsejástesme vos con tiempo que no le diese tanta licencia y temiese la estrecha cuenta de Dios. Pudo más su amor conmigo; por su causa á Dios dejé, y así quiere que me dé él mismo, madre, el castigo. Y es razón, que á quien el yugo de Dios por sus gustos trueca sea el mismo por quien peca, señor don Diego, el verdugo; que no por ser don Luis vuestra sangre era razón no enfrenar su inclinación;

que la sangre, si advertís, con ser la vida y substancia del cuerpo y más excelente humor, la saca el prudente cuando daña su abundancia. Cuando los límites pasa un hijo y la ley de Dios, sacad esa sangre vos y echadla, señor, de casa, que, si no es por este medio y no os permitís sangrar, mal os podremos curar agora que no hay remedio. A mi Esposo he suplicado que de don Luis y vos se duela. Es todo amor Dios; su real palabra me ha dado de enfrenar su juventud. Vos le pudierais sanar, que no siempre se ha de dar por milagro la salud; pero, como escarmentéis, explicaréselo agora.

DIEGO. Si vos sois mi intercesora, madre, ¿qué no alcanzaréis?

CRESPO. ¡Y mi hija, madre Juana?

SANTA. A mi Esposo celestial rogaré.

CRESPO. Ya olerá mal; ruégueselo presto, hermana.

ESCENA XIV

Sacan la NIÑA muerta.

SANTA. Dos padres piden, mi Dios, á vuestro amor excesivo por dos hijos: uno vivo y otro muerto; pues sois Vos camino, verdad y vida, dádsela á los dos, que en calma están, al uno en el alma, que en vicios muerta y perdida pide por ella su padre, y á la otra en el cuerpo. En esto haréis, Señor, manifiesto que me amáis.

NIÑA. ¡Ah Juana madre! ¿por qué del sosiego eterno me sacas, si en él me ves, para que crezca después y me condene al infierno? ¿Por qué del sacro sosiego y del lugar celestial quieras que al mundo mortal vuelva á tu instancia y tu ruego? Posando estoy; adiós, madre; ¡á qué he de volver al suelo pudiendo siempre en el cielo encorndalle á mi padre? ¡Gran milagro!

TODOS. Escarmentar en aqueste ejemplo pueden todos los padres que exceden la justa ley en amar á sus hijos demasiado.

DIEGO. Admirado, madre, voy.

ACTO TERCERO

SANTA. Señor don Diego: desde hoy veréis vuestro hijo enmendado.

DIEGO. ¡Gran santa! (Vanse la Santa y Don Diego.)

ESCENA XV

Dichos, menos la SANTA y DON DIEGO.

BERRUEC. Desde este dia mis hijos castigaré; azotallos voy á fe, que si el padre que los cria con libertad se condena, que no ha de haber quien me note en eso.

MINGO. Yo haré un azote que de docena en docena los sacuda.

CRESPO. Voy á dar tierra á Elvira.

BERRUEC. ¡Oh, quién pudiera, porque mujeres no hubiera, cuantas viven enterradas! (Vanse.)

ESCENA XVI

LILLO y DON LUIS.

LILLO. Tamañito estoy, que un niño me meterá en un zapato. Yo, señor, ya no te riño, que quien tiene tan mal trato no ha menester más alijo; pero no quiero que venga sobre ti un rayo de Dios, y estando yo cerca tenga en que entender con los dos. Voime, por fin de mi arenga; dos amos de malos tratos bastan, que el temor me amansa; no quiero terceriar contratos de amor, que el diablo se cansa, dicen, de romper zapatos. Ya te habías de haber [ido] (1).

LILLO. No pagas; porque me pagues lo que debes me despido.

LILLO. Mira, Lillo, no me estragues la paciencia.

LILLO. ¿Hete servido?

LILLO. Sí.

LILLO. ¿Hasme pagado?

LILLO. Sí y no. Dime tú esa adivinanza, porque no la entiendo yo.

LILLO. Ya te pagué en esperanza, que alguno en ellas pagó.

LILLO. ¿Disteme otra cosa?

LILLO. Sí; más de dos bellaquerías que has aprendido de mí, y valen en estos días las indias de un Potosí.

(1) Tachado hasta el verso:

«¡Vete, villano, cobardel»

Pregúntale á la riqueza
por qué comunica menos
con los hombres de nobleza
ó ingenio al fin, con los buenos,
que ellos tienen más probeza,
y responderá al momento,
porque de mentira, engaño
y maldades me sustento,
y nunca sabe hacer daño
el de noble entendimiento.
Luego, si yo te he enseñado
enredos, mentiras mías,
traza de rico te he dado,
y en moneda que estos días
vale y corre te he pagado.
Pues no pasa esa moneda
en Torrejón.

CÉSAR.
LUIS. ¿Por qué no?
Bien hay quien trocalla, pueda,
que siempre el engaño halló
quien sus mentiras hereda.

LILLO. Mis miembros que están desnudos
no admiten estas razones,
que engaños no son escudos.

LUIS. Son con dos caras doblones.
LILLO. Pues págame tú en menudos,
ó haré á la justicia alarde
del tiempo que te he servido.

LUIS. Vete, villano cobarde,
que desde aquí te despidó.

LILLO. Ya llegó el despidó tarde,
que yo solo me despidó;
que este es el blasón que saco.

LUIS. ¡Por Dios si paras aquí!...
LILLO. Más vale servirme á mí
para servir á un bellaco. (Vase.)

VOZ. (De dentro.) Hombre.
LUIS. El paso, la persona,
el movimiento, la voz,
todo pienso que pregoná
temor que lengua feroz
el aire denso infisiona.

ESCENA XVII

Sale un ALMA de galán.—Don Luis.

VOZ. ¡Hombre!
LUIS. Aunque dices mi nombre,
y tú pareces lo mismo,
me das causa que me asombre
y esté en un confuso abismo,
viendo que me llamas hombre,
y bien me puedo ofender
porque hombre sólo es afrenta,
pues no dice más del ser
y otro cualquier nombre aumenta
valor, hacienda y poder.
Como vos no tenéis más
de ser hombre el ser desnudo
sin el bien que los demás,
hombre os llamé y temo y dudo
que no lo fuistes jamás.
Cuando deshecha se ve
y borrada una pintura,
para dar noticia y fe
della, escrebirse procura
su nombre y quién ella fué;

Luis. y así, hombre, no os asombre
que siendo imagen de Dios
borrada, que aun no sois hombre,
porque os conozcás en vos
de hombre os dé sólo el nombre.

Como crecen los agravios
va creciendo en mí el temor.
Decid, pensamientos sabios,
¿cómo no siento valor
en el pecho ni en los labios?
¿Yo, cuánto más ofendido,
más temeroso y turbado?
¿Qué nueva mudanza ha sido?
¿Quién eres? No te he llamado
hombre, ni lo has parecido;
porque un hombre igual á mí
solo y con armas iguales
no le temiera yo así.

Voz. Aunque mienten las señales,
no soy cuerpo, un alma sí;
un amigo y el más cierto
uestro ful.

Luis. ¿Qué fugitivo
temor mi rostro ha cubierto?
¿Quién eres, que entierra el vivo
su memoria con el muerto?

Voz. Soy don Juan, el que en la corte
en tierna edad y con vos,
hice de mí gusto el norte.

Luis. Amigo caro: ¡por Dios!
que tu rigor se reporte.
Y dime: ¿en qué parte estás?
¿entre almas glorioosas?

Voz. Menos.
LUIS. ¿Entre condenados?

Voz. Más.
LUIS. ¿En el purgatorio? Buenos
indicios de fe tendrás.

Voz. Allí estoy por atrevido,
por libre, por descortés
á mi padre.

Luis. ¿Y ha tenido
muchas penas quien lo es,
alma, porque yo lo he sido?
Tantas tengo, que al momento
me acordé de vos y quise

daros algún sentimiento,
y aunque no dejan que avise
su gente el Rico avariento,
yo, que en más noble lugar
estoy, por la Santa Juana
os he venido á avisar,
que experiencia soberana
y memoria os pienso dar.
¿Es tan grande y inhumano,
como el fuego del infierno
el del purgatorio?

Voz. Hermano:
aunque regalado y tierno,
llegad la vuestra á mi mano.
(Danse las manos y sale dellas una
llama de fuego.)

LUIS. ¡Ay, que me abrasi y me quemó,
no sólo la mano y palma,
sino el alma! Morir temo.

VOZ. ¡Hombre: que os avisa un alma!
Mudad el vicioso extremo. (Vase.)

ACTO TERCERO

331

ESCENA XVIII

Don Luis solo.

Mano de fuego, esperad,
no os apagueis; mas por Dios,
que con la luz que dais vos
descubro yo una verdad,
pero no tanta crueldad,
aunque es venganza forzosa,
haced dos luces piadosa;
sed justa viendo propicia,
misericordia y justicia,
que una sin otra es dañosa.
Dios mío: este fuego labra
nueva vida; desde luego
pondré la mano en un fuego
que he de cumplir mi palabra.
Vuestro tesoro se abra
de gracia, á quien llevó aquellos
pecados por los cabellos,
que yo no puedo, mi Dios,
ir con ellos yendo á Vos,
ni sin Vos librarme dellos.
Vayan arrastrando, lleguen,
pues llevo en la mano luz,
al Rojo mar de la cruz
donde se limpian y aneguen.
Ningunos respectos nieguen
el bien que el alma ganó;
no hay inconvenientes, no,
que me estorben mi deseo,
pues siendo cambio Mateo
con cielo y tierra se alzó.
Padre de mi alma, espera,
que si á mirarte me atrevo,
Dios me dará un libro nuevo
y el del cordero quisiera;
ya entiendo su verdadera
música y puedo enseñar
en esta mano á cantar,
que en esta mano si vive
se ve lo que no se escribe
sino es al Rey Baltasar. (Vase.)

ESCENA XIX

Salen los PASTORES, Don DIEGO, CÉSAR, Doña INÉS y
los más que pudieren.

PAST. 1.º Nuestra madre se nos muere,
nuestro amparo, nuestra Santa.

PAST. 2.º No castigáis nuestra patria
con tal azote, mi Dios.

PAST. 3.º Dadnos, nuestra madre amada,
nuestra salud, nuestra vida,
y el amparo de la Sagrada.

INÉS. ¡Ay de mí, triste sin ella!
DIEGO. Si muere la Santa Juana,

CÉSAR. Mostradnos, madres amadas,
el cuerpo de nuestra madre,
para dejar consolada

INÉS. nuestra tristeza y pesar.

Todos. Madres: las puertas se abran
para ver este tesoro.

Todos. Mostradnos, madres, la Santa.

ESCENA XX

Sale UNA MONJA.—DICHOS.

MONJA. Por cumplir vuestros deseos,
antes que del cuerpo salga
deste ángel el alma bella,
que ya apresta su jornada,
es justo que la veáis.

(Descubren una cortina y aparecerá la
Santa de rodillas con un Cristo en la
mano y coronada la cabeza como la pin-
tan y las Monjas á sus lados, y estén
sobre una tarima á forma de cama.)

DIEGO. Madre nuestra, madre Juana,
¿por qué nos dejáis tan tristes?

SANTA. Sosegad, hijos, las ansias.
PAST. 2.º ¿Quién ha de poder, si vemos
perdida nuestra esperanza?

ESCENA XXI

Sale Don Luis.—DICHOS.

LUIS. Juntos están, pediré
de mis culpas la venganza.
Humilde estoy á esos pies,
veis aquí, César, mi espada
para vengar los delitos
que la justa muerte aguardan,
y así digo que gocé
á doña Inés, y palabra
doy, si gustáis, de su esposo.
Dejad ofensas pasadas
si acaso el perdón merece
una culpa confesada.
Padre mío: yo os suplico
que, no mirando á mis faltas,
me perdonéis como á hijo.
Perdón pido, madre Juana,
rogad á los dos por mí,
y á Dios que sane la llama
deste fuego riguroso;
rogádselo, madre santa;
humilde el favor os pido;
por vos el perdón aguardan
mis pecados.

SANTA. Levantad,
hijo; que mejor alcanzan
esas lágrimas con Dios
el perdón que mis palabras.
Yo rogaré de mi parte

que El os conserve en su gracia,
y á don Diego y César pido
que perdonen vuestras faltas.

DIEGO. Basta que vos lo pidáis
para quedar perdonadas.

CÉSAR. Perdón y brazos os doy.
LUIS. Vuestra nobleza se ensalza
con este nuevo favor,
y merced tan señalada,
que perdón tan liberal

de vos sólo se esperaba.
Dad á doña Inés la mano,
Mas ¡ay de mí! virgin Juana,
ya estoy sano de aquel fuego
que tanto me atormentaba.

INÉS. Yo me tengo por dichosa,
después de tantas desgracias,
pues he venido alcanzar
mis perdidas esperanzas.
Yo soy, señor, vuestra esposa.

(Descúbrese de rodillas sobre una tari-
ma, puestas las manos La Santa elevada,
y á sus lados Las Monjas hincadas de ro-
dillas.)

SANTA. Hijos: adiós, que me llama
mi Esposo. Allá, en su presencia,
tendrá eternamente España,
y en ella este reino ilustre,
una propicia abogada.
Esposo, venid por mí.

JESÚS. Sube á gozar, prenda santa,
los premios de tus trabajos.
(Toquen poco.)

DIEGO. ¡Gran suerte!

TODOS. ¡Visión extraña!

ALDONZA. Madre: ¿qué, os vais de esa suerte?
SANTA. Quedaos á Dios, prendas caras.
¡Mi bien!

ESCENA XXII

Aparece el Niño JESÚS.

JESÚS. ¡Mi esposa!

SANTA. ¡Mi Dios!

JESÚS. Con las joyas soberanas
de mi cruz, corona y clavos,
te recibo.

SANTA. Joyas santas.

Cruz mía, con vos nací,
Juana de la Cruz me llama
el mundo, y es justa cosa,
Cruz, pues sois mi joya amada,
que vos me llevéis al cielo,
y por que segura vaya,
en vuestras manos, Señor,
os encomiendo mi alma.
Ven á mi palacio eterno.
El corazón se me arranca.

(Suben la tramoya.)

ANGEL. Aquesta corona y silla
es para la Santa Juana. (Tocan.)
¡Oh, venturosa mujer!
Si tus divinas hazañas
se hubieran de reducir
á poemas, no bastaran
cuantos ingenios celebra
con tanta razón España;
quédese á la devoción,
pues que las lenguas no bastan.

Estas comedias de *La Santa Juana* he visto,
y no hallo en ellas cosa contra nuestra santa
fe católica ni buenas costumbres.—Fecha en 14
de Diciembre de 1613.—Fr. Bernardo de Bri-
cuela.

Dase licencia para que se puedan represen-
tar estas comedias conforme á la censura.—
Madrid, á 15 de Diciembre de 1613.

Represéntense estas comedias de *La Santa
Juana* en Valladolid, á 3 de Febrero 1615.—
Juan de Céspedes.

Por comisión del Señor Don Juan Ramírez
de Contreras, provisor vicario general en Cór-
doba y su obispado, vi estas comedias de *La
Santa Juana* y no hallo en ellas cosa contra
nuestra santa fe católica y me parece se les
puede dar licencia para representarlas.—En
Córdoba, á 27 de Enero de 1616 años.—Licen-
ciado Andrés de Bonilla, racionario.

Estas comedias se pueden representar.—En
Granada, 15 de Abril de 1616.—El Doctor
Francisco Martínez de Rueda.

Puédense representar estas comedias de *La
Santa Juana*.—Málaga 15 de Julio de 1616.—
Francisco de Soto.

Dase licencia para que en esta ciudad de
M.ª se pueda representar esta comedia. Por
mandado de su merced.—Manuel de San Pe-
dro, notario mayor.

Por la presente doy licencia para que se pue-
da representar la requisitoria de suso, en esta
ciudad de Jaén y su obispado, sin por ello in-
currir en pena alguna.—Dado en Jaén á treinta
de Setiembre de mil seiscientos y diez y seis
años.—Ante mí *Gregorio d.....*

El Licenciado Alonso de Cetina, Provisor y
Vicario general desta ciudad y obispado de Cá-
diz, habiendo visto estas comedias, las remitió
á el Señor Doctor Alonso Gámez de Mendoza,
canónigo de la magistral desta Santa Iglesia,
para que las vea y dé su parecer.—Dada en Cá-
diz, veinte y seis días de el mes de Junio de mil
y seiscientos y diez y siete años.—Licenciado
Martín Roldán?

Bien se pueden representar estas comedias.—
Cádiz, 27 de Junio 1617.—Doctor Alonso
Gámez de Mendoza.

El Licenciado Alonso de Cetina, Provisor y
Vicario general deste obispado de Cádiz, etc.
Doy licencia para que en esta ciudad y su
obispado se pueda representar esta comedia,
sin que en ello le sea puesto impedimento.—
Dada en Cádiz, veinte y ocho de Junio de mil
seiscientos y diez y siete años.—Alonso de Ce-
tina. Cristóbal de Vega.

LA FIRMEZA EN LA HERMOSURA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DOÑA ELENA CORONEL.

DON JUAN DE URREA.

EL CONDE DE URGEL.

DOÑA JOSEFA DE LUNA.

ENGRACIA.

DON ALONSO.

BUÑOL, gracioso.

UN PAJE.

BELTRÁN, alcaide.

UN CARCELERO.

ESCUADEROS.

La escena es en Zaragoza y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO

(Sala en casa de Doña Elena, en Zaragoza.)

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELENA, con manto; ENGRACIA sin él, y DON JUAN.

JUAN. No has de ir, por vida mía.

ELENA. ¿Vida y tuyar? Toma, Engracia,
allá este manto.

(Quítaselo y vase Engracia.)

JUAN. ¡Qué gracia!
¡Qué primor! ¡Qué cortesía!
Sólo en tu vida se fía
mi esperanza, y en su esfera
sus alivios considera;
que para mí no hay más mal
que el recelarte mortal,
porque eterno te quisiera.
Si á sospechas te provoco,
no, mi don Juan, suelto el manto;
mas vida que estimo en tanto
no la jures por tan poco.
Con tantas finezas loco,

aunque las adoro yrecio,
mis méritos menosprecio;
porque llego á conocer,
mi bien, que no puede ser
tan dichoso quien no es necio.
Querer bien por elección,
y no por razón de estado
(que aunque este nombre le han dado

no sé que haya en él razón)
nunca va en diminución,
y si agora que niño es,
en los extremos que ves,
don Juan mío, te parece
que mucho te favorece,
juzga tú qué hará después.
La hermosura y discreción
reina pueden coronarte;
mas, Condesa, en esa parte
no ha acertado tu elección:
si amaras con proporción
lograras tus pensamientos;
pero recela escarmientos
mi mucha desigualdad;
fénix tú de la belleza,
y yo sin merecimientos.
¿Qué has visto en mí que te obligue
á tan prodigioso amor?
Noble naci; mas valor
á quien la dicha no sigue,
en vez de ayudar, persigue.
Mi padre fué el más valido
de un Rey poco agradecido;
y bien sabes, tú, señora,
que esto de «fué y no es ahora»
es desaire aborrecido.
Don Pedro el cuarto, «El Cruel»
le ha intitulado Aragón;
mas no yo, que este blasón
no es en los vasallos fiel.
Don Pedro, pues, cifró en él
de su favor el exceso;
pero imitó en su suceso